

Un narrador anónimo cuenta una dolorosa historia que ocurriera en su curso, en los tiempos en que era estudiante secundario. El héroe maléfico del suceso fue su compañero Hernán. Lo recuerda, enjuiciándolo, acusándolo, hiriéndolo con su rencor retrospectivo:

“Quiero contarle ahora. De pronto me dio miedo olvidar esta historia; pero si yo la olvido nadie podrá recordarla, y es necesario que alguien la recuerde, Hernán, que entre el montón de porquerías hechas en tu vida, haya, siempre, un sitio para ésta de hace mucho...” (pág. 33).

Se cuenta, entonces, la historia para que no quede impune. De este modo, la narración misma queda justificada, pues estará presidida por una voluntad de castigo contra el responsable del delito. Y así, el recuerdo del cruel experimento de seducción y de humillación cometido contra la pobre profesora solterona va quedando entrecruzado por una ambivalente arquitectura de pronombres: tú, él, yo. Castigo, justicia, culpa: autocondenación, que el cuento mismo reactualiza vindicativamente. “Tú, Hernán; él, Hernán; yo, Hernán”. Se rechaza, por lo tanto, el camino de las nauseabundas confesiones en la oreja, y se elige la única vía auténtica de catarsis: la que va desde nuestra discreta y anónima inocencia al exacto reconocimiento de *mi* irreparable culpabilidad.

Es posible observar, en este mismo cuento, la capacidad que posee Abelardo Castillo para crear detalles materialmente significativos. Por ejemplo, ese ramo de azahar, desteñado y disminuido, que la profesora lleva en su seno, y que parece condensar su indefensa persona. Es en estas invenciones donde se aquilata una inteligencia de cuentista, que puede plasmar la sustancia narrativa en objetos minúsculos y palpitantes a la vez. Por lo demás, es visible el interés que contiene lo que exponíamos más arriba: que los valores de sorpresa, casi siempre inherentes al desenlace del cuento, se trasladen de la esfera objetiva al plano de la técnica. En efecto, la identificación del narrador como el propio Hernán introduce una fulgurante sorpresa que, es claro, no opera en el contenido material del relato, sino en el enfoque, en la perspectiva.

Pero no hay mayor sorpresa que la que depara la posibilidad de leer estos cuentos de Abelardo Castillo. Sorpresa inaugural. O mejor, sin adjetivos: sorpresa.

JAIME CONCHA.

<https://doi.org/10.29393/At414-116GMAP10116>

Gabriela Mistral, de ARTURO TORRES RIOSECO. Valencia, Ed. Castalia, 1962, 75 pág.

Arturo Torres Rioseco es hoy el decano de los estudiosos sobre las letras iberoamericanas en el mundo. Con él se renueva y actualiza el americanismo esencial que desde principios de este siglo expresaron humanistas como Ri-

cardo Rojas, José Vasconcelos, Alfonso Reyes o Pedro Henríquez Ureña, hombres que unieron a la comprensión y a la inteligencia de América, la simpatía universal.

Torres Rioseco llegó a los Estados Unidos en 1918, cuando sólo tenía 21 años. Ha enseñado allí durante más de 40 años y hoy ocupa una cátedra especial en la Universidad de Berkeley. No obstante tan largos años de vida en el país del Norte, sigue siendo entrañablemente chileno y fervorosamente sudamericano. Poeta, cuentista, crítico originalísimo, es sobre todo un maestro, a quien se debe mucho la difusión que actualmente alcanza la cultura latinoamericana en tantos centros universitarios de los Estados Unidos.

Conocí a Torres Rioseco hace años, en uno de sus viajes a la Argentina, cuando preparaba su magna obra sobre Rubén Darío. Seguí de cerca su tarea de investigador inquisitivo y asistí a alguno de sus intensos diálogos con Ricardo Rojas, entonces director del Instituto de Literatura Argentina por él fundado, como anejo a su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras. Después nos comunicaron con Torres Rioseco algunos encuentros fugaces, una correspondencia asidua no sólo sobre temas de estricta erudición sino sobre los más apasionantes de Nuestra América. Volvimos a vernos el año 1963 en las asambleas del Rocky Mountain Council celebradas en la Universidad de New Mexico.

El Rocky Mountain es una de las instituciones de más profundas perspectivas en el estudio de los problemas hispanoamericanos. Allí habló don Arturo Torres Rioseco sobre la *Actitud del escritor frente a su medio*. Mi tema fue *El ensayismo argentino contemporáneo*. La confluencia de enfoques y las aristas polémicas de ambos asuntos nos facilitaron un vivo intercambio de simpatías y diferencias. En reuniones académicas y charlas personales evocamos libros y nombres señeros, y ahondamos los asuntos más controvertidos de la problemática literaria hispanoamericana. El diálogo se prolongó meses más tarde en el *campus* de la Universidad de Los Angeles y en el Westwood Village entre largas caminatas y reuniones de íntima confianza, donde se probó una vez más la extraña unidad entre los hombres del continente que hablamos una misma lengua. Entonces me entregó Torres Rioseco su libro sobre Gabriela Mistral, que fui leyendo a lo largo de una suerte de peregrinación literaria por las tierras donde la gran chilena pasó algunos de sus últimos años: Santa Bárbara, Monterrey, San Francisco, Berkeley...

La florida costa de California, llena de sugerencias españolas y de nombres castellanos, la montaña vecina, el mar Pacífico, el clima suave, una indescriptible policromía en los jardines y la maravilla de algunos techos azules, compusieron el marco fascinante para la imagen que iba surgiendo, página tras página, milla tras milla.

California es un curioso mundo de convergencias profundas. Lo antiguo y lo modernísimo, lo español y lo americano. Los cuatro perfiles: el colonial, el contemporáneo, el latino, el sajón... La sutil sensibilidad de la chilena debió henchirse de ricas vivencias en la villa de Santa Bárbara, en-

tre la montaña y el mar, entre viñas como las del Sur y bajo el cielo del Norte. Quizás por eso dijo que esa ciudad la había "tocado con mano de seda".

Torres Rioseco se despoja para este libro de toda presunción erudita. De entrada proclama —*Juicio crítico*— que está lanzándose por un camino cerrado. Gabriela le había dicho: "No hagas nunca crítica de la poesía... La erudición es para la gente ociosa y arrogante. Tú sabes que nadie entiende a nadie, y por lo tanto, nadie debe tratar de explicar a nadie". Y entonces se disculpa Torres Rioseco por haber desobedecido ese mandato: "... he penetrado en su obra con cariño; he tratado de entenderla más que de definirla, sin aparato crítico, con la simpatía que siente un poeta por otro" (págs. 6-7).

Todo esto se cumple. La observación escéptica de Gabriela queda superada. El propósito de Torres Rioseco no puede eludir la agudeza del crítico, la claridad expositiva, la acuciosa penetración en los motivos de la poesía que comenta. Resume la biografía —los hechos, objetivamente— en menos de una página y centra la bibliografía en tres obras fundamentales: *Desolación* (1922), *Tala* (1938) y *Lagar* (1954). En un párrafo enumera los temas generales de Gabriela. El resto del capítulo explica los cauces profundos de su sensibilidad, la evolución de las formas, lo permanente y lo fugaz en sus medios expresivos, la voluntad poética que engendró cada volumen, el vocabulario, los sueños, las pesadillas y las pocas esperanzas de esa mujer a la cual conoció larga y hondamente.

La visión del crítico no se ciega por la amistad. Deslinda con precisión la riqueza de los sentimientos y la inarmonía entre forma y contenido. Distingue el caudal de su lengua vernácula, enriquecido por lecturas, y "una especie de indecisión rítmica" y aún "cierta aspereza de dicción". Se pregunta si Gabriela desdeñaba las regulaciones métricas o las ignoraba, y señala, no sin rigor, algunas limitaciones; "el influjo de su aldea natal le restó horizontes a su gran vuelo", escribe; "su cultura primaria le impidió acercarse a las grandes fuentes de la belleza"... Destaquemos otro párrafo en que Torres Rioseco se sustrae, con talento analítico, a un coro de alabanzas demasiado repetidas, y ve que "su poesía era dura como su rostro tallado en piedra; no tuvo el don supremo de la melodía, tan abundante en Darío, ni el de la gracia lírica, y por eso buscó siempre la gracia divina".

Torres Rioseco examina las novedades que aparecen en cada nuevo libro, la madurez creciente de la poetisa, lo universal y lo chilénísimo en su verso. Pero donde el estudio es más entrañable y a la vez más fino es al dilucidar uno por uno los grandes temas del canto en esa mujer de piedra y fuego. "El dolor es el *leit motiv* en toda la poesía de Gabriela", dice, pág. 8. Menciona luego "la maternidad no cumplida", un sentimiento religioso que no es misticismo sino búsqueda de Dios como el buen padre que brinda "consuelo, justicia, protección". Su religiosidad es la de los grandes solitarios, y así fue Gabriela Mistral.

A la lista de sus motivos poéticos agreguemos ahora el amor a la naturaleza, hecho de gusto por la vida rural y de nostalgia en su existencia de cónsul errabundo. Y de su gran impulso pedagógico, de su alma de maestra campesina —de gran maestra— surge la gama de los temas morales y didácticos. Los motivos de la poesía descubren la esencia espiritual del artista. En Gabriela hay un sentimiento que tan pronto se descubre como se oculta detrás del verso, detrás de la sonrisa. Una y otra vez, Torres Rioseco nos revela esa escondida pasión que tortura a la mujer, a la escritora, a la viajera, a la representante excelsa de su país, de su continente. ¡Esa tortura es la soledad!

*...porque estoy tan sola
que se asombra de que haya mujer así sola
el cielo burlón,
y se para en tropel el Zodíaco
a mirar si es verdad o si es fábula
esta mujer que está sola y dormida.*

(*Tala*, págs. 250-251)

El amigo Torres Rioseco, el "compañero" de letras, ha podido acercarse a esa soledad que comienza como una punzante *desolación* por la muerte (suicidio-abandono) del hombre amado, sigue en la incompreensión del contorno, en el honroso destierro por todas esas patrias que

*nos llaman forasteros
¡y nunca hijos, y nunca hijas!*

("El regreso", en *Lagar*, 1954)

En sucesivos recuerdos descubrimos matices íntimos de la enfermedad de Gabriela en sus últimos años, la fatiga de la gloria, el desdén por los protocolos y las bambollas. El premio Nóbel no podía darle más de lo que necesitaba y tenía, no podía darle lo que nunca tuvo. Por eso, con generosidad consciente, llena de grandeza, ella lo agradeció en nombre de "la literatura hispanoamericana". Todo eso —muerte, desarraigo, enfermedad, gloria y homenajes— regaban las firmes raíces de su esencial soledad.

Torres Rioseco comprende a esta mujer "siempre forastera en todas partes, aun en aquellas que quiso, como Puerto Rico, México e Italia". En Madrid vivió amarguras; en Lisboa, en Río de Janeiro, en Petrópolis, siguió aislada por el idioma; en París y en Niza se sintió abandonada; en Santa Bárbara y en Nueva York anduvo como perdida. "No era sólo que le faltaran los idiomas —concluye con acento de viril ternura—, era su sentimiento constante de soledad" (págs. 21-22). En el capítulo siguiente y de una vez,

da la clave de esa incurable dolencia del alma: "Soledad en el mundo, en un túnel sin fin, en un polo sin límites, frente a la cara de un suicida que nunca tendrá cielo"...

El balance final equilibra cariño y serenidad crítica. Compara el estilo de Gabriela con el de Góngora, advirtiéndole que si "anduvo cerca de estas luminosas alturas... no llegó nunca a la cumbre" (pág. 25). Reconoce también "errores de estructura" en sus libros, una cultura básica de cortos alcances y un idioma "pobre y tosco" que ella se afanó en pulir, una elección de modelos ajustada a su tiempo pero no clásica ni formativa (Vargas Vila, Amado Nervo, Rabindranath Tagore, Guerra Junqueiro). Junto a estas y otras carencias exalta "su fuerte personalidad, su pasión, su sentimiento trágico de la vida, su soledad" (pág. 25).

Los últimos párrafos de este juicioso examen se refieren a la ejemplaridad de su vida. Como maestra y como conducta cívica, su dignidad tocó los límites más altos de la grandeza. Torres Riosco la evoca en sus últimos años, acongojada por los huérfanos de las guerras, firme ante los tiranos, inquieta por "la barbarie atómica". Y así, al pasar, como sin subrayado, afirma algo que puede ser el mayor elogio sobre poeta alguno: "Con natural modestia cumplía como nadie el papel del escritor en la sociedad" (pág. 26).

El resto del libro, despojado ya del compromiso didáctico, vuela libremente por comarcas diversas. En el Capítulo II —*Los nombres de Gabriela*— el poeta se toma la revancha. Sin ataduras lógicas, se detiene brevemente a decir, durante dos páginas, cosas bellas sobre las palabras que usó esta mujer oscura y risueña como un valle de la Cordillera, que "cogió el nombre de Gabriela de un bloque de granito chileno y lo llevó por el mundo con opulencia y gracia" (pág. 27). Así explica los sonidos, los colores y las ideas que flotan alrededor de cada título, la sugestión de sus verbos.

En adelante, aparece el narrador. Un poco de remembranza y otro poco de historia literaria, con un estilo sencillísimo, casi periodístico. Breves capítulos repasan los encuentros y desencuentros del autor y de otros escritores chilenos —Francisco Aguilera, Juan Guzmán Cruchaga—, con la poetisa. La admiración juvenil, el descubrimiento y el primer contacto personal, las anécdotas —a veces ingenuas de tan simples y simplemente contadas— de una larga amistad, el compañerismo a través de años y países, las invitaciones aceptadas y rehusadas por una Gabriela cada vez más sumergida en sí misma.

La figura de la escritora se cifra, a medida que avanza la lectura, en su imagen de mujer, en sus costumbres caseras. Al final nos damos cuenta de que hemos asistido a una parábola completa: ascenso, cúspide y descenso de Gabriela, desde la patria chilena hasta la patria definitiva, sobre la cuerda tensa de su inmensa soledad. Conocemos su lealtad con los amigos, sus fobias y sus pequeñas debilidades, las mujeres que abnegadamente la acompañaron, algunas estampas de su contorno —diplomáticos, profesores, literatos— que la halagaron o la fastidiaron con su presencia. Conocemos lo grande y lo minúsculo de su experiencia vital: su gusto por los juegos de palabras y su

caprichosa afición por la Coca-Cola, su predilección en materia de casas y la intuición certera de su enfermedad. Torres Rioseco expresa sin eufemismos su gratitud por los Estados Unidos, que fueron los primeros en editar la obra de la chilena, y la de ella misma por esos "doctores de yankilandia" que aliviaron su mal.

Uno de los momentos más frescos, más vivos, es el que evoca una Navidad en Santa Bárbara: los recuerdos, las anécdotas graciosas, la noche perfumada y el brindis con gaseosa, porque le dijeron que era buena para el corazón... Muy claro surge, de este recortado mosaico, cómo se llenaba el alma de Gabriela con las pequeñas reuniones de amigos, cómo se vaciaba entre la multitud estrepitosa. Todos y cada uno de estos escorzos iluminan una imagen de Gabriela Mistral llena de humanidad.

La contribución de Torres Rioseco para futuros estudios biográficos sobre la singularísima artista y la honda mujer es inestimable, pero completa asimismo la imagen de un Torres Rioseco joven, principiante, profesor, poeta, viajero, hombre de letras y de espíritu. Estas páginas corroboran una tendencia a las memorias y a lo autobiográfico en las últimas obras de Torres Rioseco, presente no sólo en los versos de su reciente *Autobiografía* (Madrid, Palma de Mallorca, Papeles de San Armadans, 1962), sino también en sus originales *Relatos chilenos* (Nueva York, Harper, 1956).

La amistad con Gabriela, revelada sin ampulosidad y sin exageraciones, da la medida de una modestia ecuánime. Sin hacerlo resaltar, pone muchas cosas en su sitio. Algún parrafillo malhumorado, alguna entrelínea punzadora, agregan el ají chileno que completa la sazón del plato. Este libro de Torres Rioseco, ya está dicho, no es un examen exhaustivo ni una biografía completa. Es un testimonio de amistad. Se lee por eso con la liviana impresión de una charla —poética, informada, jugosa— y se concluye no sin cierto pesar.

Torres Rioseco parte de hondas vivencias personales y de una plena identificación humana con Gabriela Mistral, bellamente expresadas por lo que anota bajo el título: "Una profunda amistad, un dulce recuerdo"... La gran mujer, su continuo realizarse a través de la creación y de la aventura, del ensueño y del dolor, surgen en plenitud. El existir de Gabriela trasciende a su poesía con una fuerza atenuada por la ternura, el recato, la inocencia... El verbo está en ella, es ella, la constituye y se erige, paradójicamente, en la condición esencial de su liberación, de su ser con otros. De este reconocimiento de la amistad como una creación, a través de circunstancias cariñosamente recreadas por Torres Rioseco, surge la mayor riqueza de este libro bello. El verbo y la vida de Gabriela Mistral se iluminan y entrelazan en una única expresión de entrega y de amor. La espera crece en ella, definitivamente, como una misteriosa anticipación de la esperanza.